

Chiki Fabregat

Ilustraciones de **Eugenia Ábalos**



TUCÁN

LA ISLA DE LAS ESTATUAS

Con actividades
para poner en
marcha tu
imaginación



LA ISLA DE LAS ESTATUAS

Chiki Fabregat

Ilustraciones de **Eugenia Ábalos**

LA ISLA DE LAS ESTATUAS

edebé

© Texto: Chiki Fabregat, 2026
Representada por Tormenta
www.tormentalibros.com

© Ilustraciones: Eugenia Ábalos, 2026

© Edición: Edebé, 2026
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
edebé.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora: Elena Valencia
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño de la colección: Aurora Iraita

1.^a edición, septiembre 2026

ISBN: 978-84-683-7725-4
Depósito legal: B. 11839-2026
Impreso en España / Printed in Spain



Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para mis chicas del barrio,
cuyas voces dan vida a tantas estatuas.*

Capítulo uno

Cuenta una leyenda que hace muchos, muchísimos años, Pigmalión se enamoró de una chica muy guapa, pero ella no sentía lo mismo. Pigmalión era escultor, así que hizo lo que mejor sabía hacer: esculpir en mármol la imagen de aquella muchacha para contemplarla a diario. También dice la leyenda que la diosa Afrodita, viendo lo enamorado que estaba Pigmalión, convirtió aquella escultura en una chica de carne y hueso.

Pero esto es solo una leyenda. La verdad, la historia que nadie cuenta, es que el joven escultor vivía tranquilo en su ca-

sita de madera al borde del mar. Esculpía pequeños animales en piedra y, cuando soplabá sobre ellos, los animales cobraban vida. Pigmalión era feliz y jamás se había enamorado, porque no todo el mundo se enamora; pero un día la diosa Afrodita supo de él (esta parte del cuento sí es cierta), y se quedó fascinada cuando vio las esculturas que salían de sus manos.

Afrodita empezó a visitarlo cada vez que le era posible. Él le regalaba animalillos de piedra que cobraban vida y la diosa pasaba las tardes en la playa, frente a la casa de Pigmalión. Al principio intentó llevarse con ella alguno de aquellos seres fantásticos y diminutos; sin embargo, en cuanto se alejaba de la costa, aquel animal tan vivo, tan juguetón, se convertía de nuevo en piedra.



Y a pesar de que los dioses no son muy dados a pedirse ayuda unos a otros ni a contarse entre ellos sus descubrimientos, Afrodita estaba tan obsesionada con las figuras de Pigmalión que habló con su padre y solicitó su ayuda. Ninguno de los dos entendía por qué aquellos seres cobraban vida mientras estaban en la playa de Pigmalión, pero se volvían de piedra cuando se alejaban de allí.

Aún hoy no lo entienden.

A medida que pasaron los años, Pigmalión fue envejeciendo. Afrodita y su padre estaban tan preocupados por la salud del escultor que hicieron algo que no se había hecho jamás y que nunca se ha repetido: convocaron a todos los dioses de todos los lugares del mundo para pedirles ayuda. No fue fácil; los dioses a veces son cabezones y orgullosos.

Solo sentarlos a todos en torno a una misma mesa supuso un problema enorme para los organizadores de aquel evento, porque nadie quería ser menos que otro, ni estar más lejos de la cabecera de la mesa, ni sentarse junto a los que consideraban dioses menores... Pero lo lograron. Después de muchos intentos y unos cuantos enfados, consiguieron sentarse todos en un círculo gigantesco y allí, cuando Afrodita les contó quién era Pigmalión, decidieron que había que salvar a aquel hombre de la muerte, que ya se acercaba a buscarlo.

Uniendo los poderes de todos los dioses del universo, crearon una isla frente a la casa de Pigmalión, en el mar Mediterráneo. Una isla invisible. Y a él le concedieron la inmortalidad, siempre que no saliese de allí.

Pigmalión ya no solo esculpía sus propias obras, sino que insuflaba vida a las de otros, aquellas que los dioses elegían. Cuando un artista esculpía una obra digna de cobrar vida, los dioses encargaban una reproducción exacta de la escultura, la ponían en lugar de la original y llevaban la de verdad, la primera, a la isla de Pigmalión.

Así, poco a poco, la isla desierta se convirtió en el hogar de David, Venus, Libertad, la Esfinge, la Sirenita, Moái y algunos otros seres animados por las manos del escultor. Y la isla permaneció oculta a los ojos de todos los mortales. Son apenas unos kilómetros de tierra flotando en el Mediterráneo, pero ni los barcos que han pasado rozándola ni los aviones que la han sobrevolado ni los submarinos que han buceado bajo ella han

sabido jamás que la isla estaba allí. Ese fue el regalo que le hicieron los dioses para que el anciano y sus esculturas viviesen su vida en paz.

Hasta que apareció Fitz y puso patas arriba la isla.